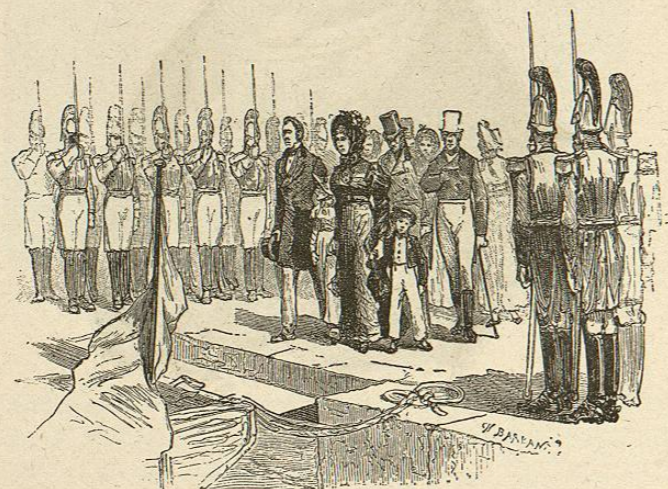


mulaban su disgusto, procurando él, lo mismo á Godofredo Cavaignac que al farsante Dubourg, vencerles, de que en él encontrarían las leyes un servidor fiel y la democracia un amigo. Arrancóle el general á esos coloquios que no dejaban de ser peligrosos, llevándole al balcón para que saludase al pueblo, haciéndole llevar de una mano una bandera tricolor. El pueblo, viendo como la monarquía se presentaba acompañada por la república, se dejó ofuscar, perdió sus prevenciones, y á cada abrazo que Luís Felipe daba á Lafayette, aclamaba á aquél con el más frenético entusiasmo, cuando el verdadero héroe de aquella jornada era el general que

sacrificaba generosamente sus ideales á las necesidades del momento histórico.

Cuando Luís Felipe regresó al Palais-Royal, regresó ya como un rey, no porque en él hubiese ocurrido cambio alguno, sino por haberse verificado en el pueblo, que ya no veía en aquel hombre al enemigo suyo, á quien habría podido momentos antes destruir con la mayor impunidad, sino al sér superior, al monarca, al amo.

Luís Felipe tuvo todo el día y la noche abierto su palacio á todo el mundo, y durante el último día de Julio, pudo decir que habían sido sus cortesanos toda la nación.



Fuga de Carlos X



## CAPITULO XXXVII

### LA DINASTÍA DE ORLEANS

Lafayette.—El programa del Hotel de Ville.—Los consejeros del duque.—La Corte en Rambouillet.—Abdicación del rey y del Delfín en favor del duque de Burdeos.—Salida de Rambouillet.—Fuga del rey.—Levantamiento unánime del país contra los borbones.—Apertura de las cámaras.—Discusión y proposición de Berard.—Los pares: Chateaubriand.—El 1688 francés.—Ojeada retrospectiva.

**L**UIS Felipe, al acercarse al trono, veía alzarse entre él y el dorado sillón, la legitimidad, el constitucionalismo y la democracia. Erase preciso, pues, de estos tres principios, destruir el primero, encarnarse en el segundo y alejar el tercero sin romper con él, porque ya en Francia el principio constitucional y el principio republicano habían de correr unas mismas aventuras, que no en vano se habían abrazado delante de la nación en los balcones de las Casas Consistoriales de París.

Favorecían las circunstancias de una manera tan extraordinaria el advenimiento de los orleanes al trono de Francia, que Luís Felipe pudo desde luego presentarse como el hombre providencial, ficción que, al parecer, necesita siempre la monarquía para ser viable en los tiempos modernos.

Huía ante él la legitimidad sin intentar siquiera resistirle, y la democracia, la república, se entregaba á él en los balcones del Hotel de Ville. Si con estas condiciones especiales y extraordinarias Luís Felipe no fundaba la monarquía constitucional en Francia, era preciso confesar que el país no la quería, que no le satisfacía, que quería otra cosa, ó bien que la

monarquía se había hecho ya incompatible con el espíritu del siglo XIX.

Importa, pues, estudiar en este momento solemne y crítico de la historia humana, las responsabilidades que crearon nuevas revoluciones, para que no podamos equivocarnos sobre la naturaleza de los acontecimientos futuros.

Los republicanos en 1830, no constituían un partido capaz de poder asumir el peso de la gobernación de Francia: su sola equivocación de creer que era su sectario Lafayette, demuestra su incapacidad para el poder. El general podía tal vez hacerse ilusiones sobre su republicanismo, pero éste no iba más allá del programa que en aquellos días se formuló por él ó por Odilon Barrot. Lafayette había visto caer la monarquía absoluta y la monarquía constitucional de Luís XVI, y podía con justa razón dudar de la fuerza de la monarquía y convencerse de que ésta, aliada y todo con el sistema representativo, tenía necesidad de contar con el espíritu democrático. Vió luego á la democracia por falta de ponderación caer en el cesarismo, y esto hubo de hacerle concebir dudas sobre la viabilidad de la república; por esto resultaba ser para los monárquicos como

para los republicanos, Lafayette, un amigo y no un sectario, porque para los dos partidos era Lafayette un hombre de oposición, por esto se ha dicho con razón que Lafayette no había hecho más que pasar su vida entera defendiendo la república contra las monarquías, y la monarquía contra los republicanos.

Esto explica por qué Lafayette, delante de todos, se vanagloriaba de haber permanecido siempre fiel á unos mismos principios, de no haber cambiado

nunca, porque en 1789 como en 1830, él sostenía el principio de la declaración de los derechos del hombre como anterior y superior á todo derecho constituido é individual, y como consecuencia de esa declaración de derechos la máxima republicana que él preceptúa como el más sagrado de los deberes, la obediencia á las leyes. Si á nosotros nos parece que Lafayette distó mucho de estar á la altura de las circunstancias dentro de la rigidez de los principios, es que hoy con-



GUIZOT

sideramos la cuestión de una manera más estrecha, pero en 1830 el mismo Carlos X hablaba de la fidelidad á los principios por parte de Lafayette con respeto y Chateaubriand se burlaba donosamente de la inmovilidad intelectual del general.

«La clave, pues, decimos con Gervinius, de sus inconsecuencias, no se encuentra ni en los principios ni en las teorías de ese hombre, sino únicamente en su carácter y en las cualidades de su espíritu. En casi todos los momentos de su vida, hizo falsos cálculos respecto de los hombres con quienes había de contar; y por esta razón, perdió muchas veces la partida que jugaba. En la época de la Revolución no conoció ni lo que era la corte, ni lo que era el pueblo. Después, en 1814 y 1815, no definiendo bien sus concepciones políticas, se quedó en un aislamiento completo, que le condenaba por consiguiente á la inacción; en una y otra época, estaba

imbuido por las doctrinas más erróneas respecto del pueblo, al cual creía siempre dispuesto y pronto á demostrar su fuerza, y sobre el cual pensaba tener una influencia y un poder muy grandes. Abandonándose á las mismas ilusiones y á las mismas esperanzas, metióse en las conspiraciones, porque continuó siempre creyendo que el pueblo participaba de su manera de sentir y de pensar y de los que le rodeaban, los cuales lo envanecían con los elogios de su antigua gloria, y con los halagos que dirigían á su siempre joven vanidad.»

Que Lafayette estuvo receloso durante los primeros días de la revolución de 1830, se comprende, porque el movimiento popular, por lo mismo que fué de franca protesta contra el despotismo de Carlos X, careció al principio de carácter político, y como este movimiento no se había preparado ni organizado, y Lafayette, como todos los liberales de

su tiempo eran unos conspiradores, un movimiento popular, espontáneo, no cabía dentro de sus teorías. Lafayette, sin embargo, se lanzó desde el momento en que la Revolución se acentuó, y mucho antes que el duque de Orleans, y se comprometió igualmente mucho antes que la gran mayoría de sus colegas, de quienes, como hemos visto, declaraba que no quería separarse.

Sostener que Lafayette hizo decepción á la república en 1830, sería una injusticia. Víctor Hugo con menos responsabilidades que él, en aquellos mismos días escribía, en Agosto, que el pueblo estaba maduro para la república, y en Setiembre decía lo contrario, añadiendo que dentro un siglo la república estaría en posesión de Europa, lo que induda-

blemente no le irá lejos, habida consideración al estado político de todas las naciones europeas.

Tal vez los republicanos de la época, los socios del Club de los Amigos del pueblo, tenían razón de estar descontentos de Lafayette al ver que éste no tomaba garantías firmes para la libertad, que el duque de Orleans subiera al trono como un sucesor de los borbones; y en efecto, sobre este punto, dejando lo expuesto que era para los hombres monárquicos llamar al pueblo á reconstruir la monarquía, regida por un gobierno sin rey, es cierto que Lafayette pensó en que se convocase una Constituyente que afirmase la soberanía nacional, Odilon Barrot consultó en su nombre á sus colegas, pero resultó que ni un Guizot, ni un Laffitte habían

## ESTADOS PONTIFICIOS



Cristo

San Juan de Letran

Espuela de oro

San Silvestre

San Gregorio

de pasar por extremo tan revolucionario. ¿Pecó al condescender? Contestar esto es meterse en puras ideologías. La revolución de 1789 había sido dirigida por jóvenes de veinte á veinticinco años, por esto fué extremada en todo como lo es la juventud. Ahora Lafayette no tenía veinte años, había pasado de los setenta, y á los setenta se encuentra siempre demasiado ruidosa y expuesta la compañía de la gente moza.

El caso de Bélgica, de que luégo hablaremos, no fué el mismo de Francia. Bélgica no tenía pretendientes al trono, ni republicanos, ni hasta reyes que destronar, porque el rey Guillermo de los Países Bajos era sobrado nuevo para que pudiera ser peligroso arrancarle de raíz, ó dejar sus raíces en el suelo.

Esto no quiere decir que la *Sociedad de los amigos del pueblo* hiciera mal en pedir garantías, sino todo lo contrario. Pero nótese bien, los que piden garantías son los que aun tienen las manos negras de la pólvora que quemaron durante las jornadas de Julio, los que destruyeron de todos los sitios públicos las insignias y armas monárquicas, es decir, los republicanos; inconsecuencia por inconsecuencia esta

no es menor que la de Lafayette. Si creían viable la república debían procurar imponerla á tiros, como á tiros habían impuesto á los borbones la obligación de marcharse: si no era viable debían ponerse todos al lado de su jefe, darle su apoyo resuelto para el caso de las garantías, y no hay duda, que Lafayette viéndose así sostenido, hubiera sido más exigente.

Llegó á formular la *Sociedad de los amigos del pueblo* el programa de las reivindicaciones populares que limitaba «á la abolición de la pairia hereditaria, lo mismo que á la de toda restricción que entorpeciera el libre ejercicio de todos los cultos; el orden de elección el más libre en materia de elecciones en la Guardia nacional y en la administración departamental y comunal y también para la representación del país; la más completa libertad de imprenta; el jurado para los delitos de imprenta y para las causas políticas, y en fin, la responsabilidad real de los que ejercieran el poder.» Este programa fué puesto en manos de Lafayette por treinta delegados de la Sociedad, y que el general hubo de demostrarse de acuerdo con la petición, lo indica la alocución del presidente de dicho club, de Humbert, fijada en el